Núm. Clas. N
Núm. Aut. A997a
Núm. Adq. 064498
Procedencia
Precio
Fecha Ag 1978
Clasificó
Catalogó
PQ 7297
A9
A5

Es propiedad del Autor.

"Este año del primer centenario de nuestra Independencia, los-cereales han alcanzado un precio que no tiene precedente en la historia de la miseria del país. El jornalero mexicano, es decir más de doce millones de habitantes de la nación, se nutre sólo de maíz y de frijol. En donde un bracero gana treinta y siete centavos diarios, el maíz vale á siete pesos hectólitro, y el frijol el doble. Pero el Gobierno gastará más de veinte millones de pesos en construir un teatro; el Gobierno está gastando millones y millones de pesos en el embellecimiento de la metrópoli; millones de pesos en agasajar á los delegados extranjeros, llamados á festejar la primera centuria de nuestra emancipación política. Cuando menos, esos señores delegados irán plenamente satisfechos de la prosperidad desbordante de la República Mexicana"

Acabo de leer, y mi jefe de "El Globo," cogiéndome amigablemente de un brazo,

me lleva por la calle de San Francisco, y comenta despectivamente:

Las sandeces de todos los días. Si alguna vez ha sido indiscutible el tino del Gobierno, es la presente. Para vituperarlo se necesita pensar como un cretino. El crédito de la nación estriba cabalmente en el concepto que de ella se forme el extranjero, y si el Gobierno ha conseguido dar una impresión fiel del innegable progreso que hemos alcanzado en cien años de vida propia, el Gobierno ha cumplido con su deber. Lo demás es imbécil.

Unicamente que se mantiene en pie eso del precio del maíz, y el sueldo del jornalero, y los millones gastados por el Gobierno . . . .

Mi amigo, evidentemente sorprendido, me mira á través de sus espejuelos. Yo no sabré nunca lo que iba á decir, porque nuestra atención fué distraída, en aquel preciso momento, por la algazara y un bullicio general á nuestras espaldas, allá por la plaza de la Constitución.

—¡Soberbia majadería de zoquetes!—exclamó el cronista literario de "El Globo," y mi jefe en dicha redacción, cuando caímos en la cuenta de que aquella gruesa

columna de muchachos gozosos y bullangueros, que se vaciaba en la Avenida de San Francisco, en medio de una salva de vivas y aplausos; era el gremio estudiantil en masa, protestando por el sonado asesinato de un mexicano, perpetrado en tierra yanque.

Es lamentable andar á estas horas con boberías tales. No me imaginaba que la mentalidad de estos jóvenes anduviera á tan bajo nivel. Se igualan con esos patrioteros ridículos de la ùltima hora. Revelan una ignorancia crasa y una soberbia irrisoria. ¿Piensan, acaso, que van á dar con esto una lección al Gobierno? ¿Ignoran que las cancillerías están trabajando activamente en este asunto, y que no son sacristanes los que están al frente de ellas?

—Yo no estoy menos asombrado que usted—le respondo:—me pasma que estos chicos tan dóciles, tan mansos de espíritu, á quienes un mendrugo del Ministro de Hacienda les ha inculcado la sabiduría y el juicio de un niño de teta, sean ahora los mismos que se aventuran en actitud tan viril y tan arriesgada!

Yo no pude ver la cara que mi amigo puso, porque en aquel punto tropecé con

Luz, que pasó á mi lado rozándome, intencionada, con la seda tibia de su brazo desnudo.

Pero parecía que yo debía de acabar —de una vez con mi amigo.

Me regocijo—añadí con entusiasmo—de que esta intelectualidad de mañana sea la que lave el borrón afrentoso de un gobierno apático, caduco y servil; de que al fin esta intelectualidad de alguna esperanza de ser menos miserable, menos venal, menos canalla que la presente!

Y apenas era tiempo: llegamos á la esquina de la Esmeralda y mi jefe se despidió, dándome un apretón de mano un poco más cordial que de ordinario.

Pero yo me sonreí.

Esto ocurrió una noche de noviembre de 1910, á la hora que México presume de gran capital moderna, emporio de alta cultura y producto de refinada civilización; cuando la calle de San Francisco está constelada de luz y de mujeres, en una explosión de la gran vida moderna.

Ya los estudiantes iban cerca de la Profesa, y el orden se había restablecido en un abejeo rumoroso y brillante, cuando vino á turbarse de nuevo, al paso de una

bandada de cafres, fungiendo de policías. Una especie de cosaco, de dormán azul obscuro y galones de oro, seguido de una turba de polizontes patibulariescos, rompió por entre autos y landós. Entonces todo fué confusión: el gentío se precipito curioso hacia la Profesa; formáronse valladares en las bocacalles, á lo largo delos aparadores, en las banquetas. Los carruajes comenzaron á detener su lenta marcha, los automoviles á resoplar pausadamente; se formó doble fila, triple después; al último se entreveraron, en completo desorden, y el tráfico quedó cortado. Menestrales revolvíanse con elegantes perfumados; humildes modistillas con ofuscantes muñecas barnizadas.

Pero en aquel disimbolismo de clases y semblantes había algo de común: la expresión de los ojos; cierto presentimiento de lo que iba á ocurrir; cierta duda vagorosa, confinante en la angustia de las indecisiones. Sólo duró aquello breves instantes. Allá donde la turba se aglomeraba, se levantó un clamoreo sordo é irritado, luego algunos gritos de chunga, una silva creciente, creciente como un huracán. Y algo trágico ocurrió: á la luz

de los grandes focos de arco, de la millarada de lámparas de aparadores y frontispicios, de los reflejos verdes, rojos y aurinos de los bar-roms, de los salones cinematográficos, de los restaurants, irguiéronse siluetas obscuras y pesadas; gruesos lomos se enroscaron, los brazos tendíanse y el brillo siniestro de los sables hendió aquella magnífica confusión de luz. Las cervices de los asesinos se inclinaron uua vez, dos veces, y las láminas de acero también. Una oleada de cabezas se extremeció de un extremo al otro de la avenida; un sordo clamor de gente sorprendida primero, espantada después. En un instante se lograba la dispersión de los estudiantes, dejando sangre regada por el asfalto.

Entre la turba en retorno descubrí á un preparatoriano. Una criatura de doce años apenas. Llevaba un hilillo de púrpura en la frente. Vi sus hojos azules desleídos por el terror; sus carrillos, que debía tener la frescura de las rosas, del color de un marfil viejo.

Cuando regreso á mi cuarto de la calle de San Agustín, intento todavía un es-

fuerzo más; me pongo á la mesa y cojo la pluma:

"Grave escándalo provocado por la policía, Niños perseguidos y atacados como facinerosos de encrucijada"

Un movimiento automático, adquirido en los quince meses que llevo de reportero de "El Globo" me hace prontamente corregir el estúpido encabezado y sustituirlo en esta forma:

"Graves desordenes provocados anoche por los estudiantes. La policía forzada á tomar medidas de rigor para reprimir á los escandalosos. . . ."

Pero entonces, sin premeditación tampoco. me tiro en la cama, hago carrujos de la hoja de papel escrita, formo bolitas que lanzo, una tras otra hacia el techo.

Me despierta la entrada del cartero. Una carta de Toño Reyes, mi condiscipulo de colegio. ¡Oh, esta invitación no podía haber llegado con más oportunidad! La suerte me favorece. Así pues, tomo una tarjeta y escribo tres líneas para el director de "El Globo,"

———

Y ahora á la calle. Sólo me queda esta postrera noche, y se la dedicaré á ella. No le diré nada de mi partida. Tendríamos una escena absurda: gran efusión de lágrimas, y todo de una imbecilidad perfecta; porque, á la verdad, entre ella y yo no median más cláusulas de contrato que mis quincenas íntegras, á cambio de sus brazos blancos. Y creo que si no la hubiera encontrado ahora tan sugestiva, ni siquiera cedería á la debilidad de ir á verla esta última vez.

Pero mañana, cuando Luz espere la *reprise*, una tarjetita con dos líneas le anunciará que estoy á trecientos kilómetros de México, de éste México que me ha mareado, que me ha lastimado, que me ha fastidiado mortalmente.

En Villalobos, estación de bandera, el ferrocarril sólo se detiene los momentos precisos para que el pasajero ponga los piés en tierra. Yo no puedo, pues, darme cuenta todavía de la desolación donde he caído, cuando ya la cadena del tren negrea á lo lejos, deslizándose en suaves curvas á través de la inmensa sábana muerta; y cuando tomo la loma de "Esperanza," la humareda se desvanece ya,

como un fugitivo celaje en la diafanidad de la tarde tibia.

La hacienda de "Esperanza" dista poco más de tres kilómetros de Villalobos, y todo es trepar la cumbre de la cuesta y descubrir de un sólo golpe de vista la casa amarilla, con sus persianas verdes y su friso almagrado, ornada á trechos por la metálica dentelerie de la alameda seca.

De la inmensa planicie circundada por lejana crestería, alzase un ambiente de paz. Ráfagas de aire vienen á refrescar mi rostro encendido, y parecen darme á respirar la vaga melancolía del paisaje de oro, con sus grandes baches de cuarzo dispersos entre el culebreo de la arboleda ribereña, y bajo un cielo azul, peinado de gris y de ocre crepuscular.

Después veo destacarse netamente la cúpula manchada de moho de la capilla, las bardas enjalbegadas del corral, los grupos de peones, resaltando con el blanco de sus camisas y los vivos de sus jorongos.

Un mocetón barbado y cejijunto se aparta de la peonada, y lentamente viene á mi encuentro.

Le saludo con sencillez.

Él cruza las manos detrás de la cintura, soltando las alas de su holgada blusa de holanda, alza la cabeza desdeñosamente y me pregunta:

¿Qué busca usted por aquí, amigo?

El tono y el continente me lastiman un poquillo; pero pienso, en seguida, que seguramente no he venido al rancho á escuchar la meliflua voz de mi jefe de "El Globo," ni á recibir las caras caricias de mi amiguita Luz.

—Deseo hablar con tu amo—pronuncio sin alterarme.

El mayordomo me lanza una mirada llena de altivez, me examina de los pies á la cabeza; luego, levantándose la cintura de su ajustado pantalón de gamuza, y haciendo rechinar los zapatones de vaqueta, me contesta con insolencia:

Al patrón no se le habla..... Lo que tenga que arreglar con él, conmigo lo arregla.

Siento que me cohibo, no ciertamente por la altanería de este imbécil, sino porque me obliga á tomar una actitud que yo no traía, y, antes de replicarle, pienso en aquella piara de desventurados que, á diario, tienen que tolerar, como al me-

nor de sus males tal vez, el látigo de este mentecato capataz.

Y bien, vuelvo la cara hacia la peonada, lleno de compasión, y me sorprendo: unos me miran embobados, otros abren sus belfos colgantes, todos, al parecer, extraordinariamente divertidos. Parece que mi persona es el motivo de su hilaridad.

Esto me irrita.

—Mire usted, don zoquete,—trueno, volviéndome al jayán del mayordomo, vaya usted inmediatamente á decirle á Toño Reyes, que yo, Andrés Pérez, estoy en su casa..... Porque yo soy Andrés Pérez, so-bruto... Sí sepalo usted, archiestùpido...

El mozalvete vacila un instante, preguntándose seguramente quién puede ser ese Andrés Pérez tan retumbante; pero, más que mi terrible nombre, mi fiero gesto le convence de que yo soy alguien, y paulatinamente va quitándose el sombrero, y acaba por mirarme con timideces de can castigado, y por rendirme humildísima escusa. Me ruega que lo siga á la casa, y, con todo respeto, me instala en la banca de hierro, bajo el cobertizo de tejas rojas de un corredor.

Toño en persona salió en breve, alborozado y con los brazos abiertos.

—¡Andrés Pérez! ¡Andrés Pérez! ¿Tú por acá? ¡Qué agradable sorpresa! Eres el mismo Pérez de hace cinco años—me dijo mirándome fijamente.—Para tí no ha habido inviernos, Andrés.

—Yo no sé que decirte, Toño Reyes, esa barba negra, crecida y magestuosa, te da un aire raro, algo así como de obispo armenio... capitán de foragidos... ¡qué sé yo! Con todo, me pareces un poco pálido.

Debí hacerle daño con mi torpe observación, porque su voz tremuló luego, y la limpidéz azulada de sus ojos se ensombreció un instante.

—No un poco-me contestó,—demasiado.....

Mas, en cuanto penetramos, volvióse á regocijar, y sin permitirme siquiera mudar mis ropas, grises de polvo, me condujo hacia un mirador con vista al ocaso. Cuando pasaron los primeros momentos efusivos, nos colocamos frente á la baranda, y mirando caer la tarde en la paz abrumadora de aquella soledad, resucitamos nuestros cinco años de condiscípulos en

la Escuela Preparatoria del Estado. Hablamos de todos nuestros compañeros y amigos dispersos, al terminar el quinto año. Y arrebatados en un dédalo interminable de reminiscencias, charlamos, charlamos hasta que el aire frío y húmedo del invierno incipiente obligo á Toño á abotonarse el paletot, y le hizo carraspear con tosecilla seca é impertinente.

—Ve á cambiarte y vuelve para presentarte á mi mujer. En el fondo, la primera puerta de la derecha; ahí se te habrá arreglado ya tu habitación.

—Oye-me detuvo.—¿Y las Vizcarritas?

No pude contestarle luego; me turbé un tanto; no había previsto la pregunta por más que habría sido obligada. En fin, me resolví:

—Luz está en México.....somos buenos amigos; Chabela vive en Guadalajara.

Pero él no reparó en mi turbación. Estaba pensativo y una sonrisa se embozaba entre sus labios. Mejor para mí.

—¡Cómo quería yo á Luz! ¿Te acuerdas? Estaba verdaderamente enamorado.

Le veía dispuesto á reanudar la charla; pero aquella tosecita seca y extraña

volvió á asaltarle, y tornándose repentinamente mustio y grave, agregó:

—Ya platicaremos de ellas..... Anda, pues, te esperamos en la sala.

Y sorprendí de nuevo un acento triste y desconsolador en su voz, en su mirada y en su gesto.

A las ocho me presento en la sala. María es el nombre de la esposa de Toño. Un poquillo afectada en el vestir. Se lo perdono por dos razones: en primer lugar porque tengo la debilidad de creer que mi presencia pudo influir un punto en su tocado, y, en segundo porque tiene unos ojos atrozmente perturbadores.

—Desde principios de Septiembre le esperábamos á usted me dirigió la palabra, con gravedad un poco enfática.

—Sólo Toño que me conoce, señora, puede imaginarse el esfuerzo tan grande que debí haber hecho para tomar esta resolución. Creame usted que si no hubieran mediado algunas otras circunstancias, aun no tendría el gusto de encontrarme al lado de ustedes. Por lo demás, yo estoy

profundamente agradecido: Toño me está invitando á "Esperanza" hace un par de años, cuando menos.

—Toño le quiere mucho, y siempre está haciendo recuerdos de usted.

—¿Verdad que nos queríamos como hermanos, Andrés?

—Mejor que hermanos: nuestra amistad fué proverbial en aquellos buenos tiempos de colegio.

—Pues que eso valga para que no le canze pronto esta vida monótona del campo. En otoño siquiera la vista se recrea; pero ahora no va á encontrar más que hierbajos, charquitos donde apenas se moja uno los piés, y este frillito de invierno que se cuela hasta los huesos, y estas noches largas, interminables.....

—Andrés adora el campo, María.

—Es la verdad; para mí el campo en todo tiempo es sencillamente divino. Un pedazo de tierra como éste, me hace olvidar el resto del mundo.

—Es raro en una persona habituada ya á la vida de México.

—En un rincón así, jamás me tentaría el deseo de regresar.

—¿No le atrae la capital?

—La detesto sinceramente.

—¡Jesús!....

Ella parece asombrarse de mi contestación. Sospecho que su magnífico gesto de pasmo no es más que una bella ocasión aprovechada para mostrarme la hermosura fascinante de sus dos ojos negros, de una negrura casi trágica.

Toño vuelve á toser, y, reparando de nuevo en su palidez acerada, me pregunto qué tanta parte habrá tomado este bellísimo demonio de mujer en el desastre que arrebata á gran prisa á mi pobre amigo.

En seguida hube de referir los móviles que me obligaron á dejar la capital intempestivamente, y no pude evitar el escollo del asunto político del día.

—El Gobierno se ha burlado de estos pobres maderistas-pronuncié.

—El Gobierno se ha burlado de la manera más pérfida y sangrienta, no de esos pobres maderistas, Andrés; se ha burlado de la nación entera; pero yo te juro que esta burla puede costarle muy cara.

—En efecto, ustedes no saben cuánto malestar sacude, en corrientes subterrá-

neas, á todas las clases sociales. Los mismos pancistas y presupuestívoros están divididos; los desaciertos incesantes de esta puerca administración tienen profundamente disgustado á todo el país. Pesa una atmósfera de plomo, y hay la vaga presunción de que algo muy grave va á ocurrir.

—Pero ¿cómo es que de eso nada se trasluce por la prensa? me interroga con curiosidad muy despierta, Toño.

—¡La prensa! Tú no sabes que la prensa pasa por una época espantosa de terror. Violando leyes y garantías, sólo se han dejado subsistir periódicos asalariados. Los demás aparecen un día, y al siguiente dejan de ver la luz, porque sus redactores están en la cárcel. Vendrá el momento en que no quede ni la más ligera huella de independencia, en que no subsista más que esta prensa semioficial, esa prensa albañal, que es una muestra portentosa de todo lo que pueden el cinismo, la insolencia y la maldad de los escritores alquilados.

—No en valde financieros á la alta escuela han hecho viajes á Europa y á los Estados Unidos para aprender periodismo.

Debo confesar con toda ingenuidad, que por el momento me sentí verdaderamente grande.

—Pero qué ¿tú no trabajas cabalmente en "El Globo?"—me interroga Toño, pasmado de oirme hablar así.

Yo, que cuido mucho de mis veinticinco años delante de una mujer guapa, comprendí que me había dejado ir un poco más allá de las conveniencias, en un asunto donde el gesto no es precisamente de lo más estético, por consiguiente, decidido y pronto, hice variar de rumbo la conversación y fuimos á caer... en las faldas *trabadas*, gran novedad metropolitana. María hizo brillar nuevamente sus miradas, y se aprestó á dar su opinión. Encontraba sencillamente execrable la falda de *medio paso*; sin embargo no pudo ocultar que ya se había mandado confeccionar tres trajes de ese corte para un proyectado viaje á México. Y sonrió, y en sus ojos ensoñadores y en su frente pensativa adivinéla: seguramente se veía destacando su fina silueta bajo el ajuste escultural de la última moda.

A renglón seguido me interroga con desparpajo sobre colores y formas recientes de sombreros. Debí haberle contestado algún despropósito garrafal, porque hasta el bonachón de Toño se rió á mandíbula batiente.

Luego pasamos al comedor, y no obstante la resistencia de María, Toño destapó algunas sidras. Por lo demás, él, que nunca se distinguió por su abstinencia, mantúvose con la firmeza estoica de un espartano, y contentóse con vernos levantar, de vez en vez, las dilatadas copas de bohemia, regocijado y con los ojos extrañamente brillantes.

A las once me despedí. Todavía María se acordó de mis opiniones sobre las formas de los sombreros y se volvió á reir con gran desenfado; pero ahora ni me enrojecí siquiera. Todos éramos buenos amigos, y el champagne había traído la confianza.

Mi habitación está formada por cuatro paredes frías, de una austeridad que me produce, desde luego, un efecto sedante. Una gran ventana al oriente, que se abre sobre el campo. Masas confusas

afuera, obscuridad impenetrable ya á cierta distancia; chirriar de grillos, un desmayado aullar en la lejanía y una que otra estrella lacrimosa en el cielo borroso.

Dos ó tres veces despierto por la noche, y otras tantas creo escuchar la tosecita reseca y pertinaz de Toño, y mirar los ojos tempestuosos de María. Pero, al despertarme, suspiro, acordándome de los blancos brazos de mi amiguita Luz.

Desde que estoy aquí, á diario salimos á caballo Toño y yo, por las mañanas, algunas veces María viene con nosotros; pero cuando Toño está de mal talante, ó desde el almuerzo comenzamos á engolfarnos en alguna plática fastidiosa, ó en las árduas cuestiones políticas de actualidad, ella, con muestras de aburrimiento, nos hace marchar solos. Entonces, casi siempre, vamos á la presa. Es mi paseo predilecto: me place tirarme de bruces al pie de un mezquite, y desde allí mirar la inmensa plancha de acero repujado, y oir los chorritos de agua que se filan por las piedras musgosas de las compuertas y se desparraman sobre un lecho de guijas lavadas. Algunas veces me alejo hacia una orilla; me desnudo á

la sombra de los saúces y me tiro al agua. El chapoteo auyenta los patos, que parpan asustados primero, y luego se estiran en tardo vuelo por encima de los tulares. Me froto la piel con cogollos de *jaral*, y al salir del agua fría, siento raudales de vida.

Esta mañana, estando yo dormido todavía, entró presurosamente á mi cuarto Toño Reyes.

—Andrés, Andrés—me habló—Andrés amigo, despierta: acaba de llegar el correo y ocurren graves acontecimientos. Dispénsame, agorero de pacotilla, que venga á despertarte; pero te traigo la buena nueva de que tus predicciones en política se están volviendo hechos consumados. Regocíjate de tu perspicacia, sociólogo cimarrón, y lee.

Yo abrí los ojos, sin comprender una palabra.

Toño, entonces, de entre un puñado de periódicos que llevaba en la mano, sacó un diario, y, desplegándole, me puso un letrerote en las narices.

Me froté los párpados, me incorporé un poquillo y recorrí el enorme encabezado: *Los sucesos de Puebla. Cómo murió*

Aquiles Serdán. Movimientos sediciosos en la Frontera.

Como hacía una semana que no enviaba Toño por su correspondencia, nada sabíamos de lo que estaba ocurriendo en todo el país. Así es que con excitación é interés creciente comenzé á hojear la prensa de la semana. El complot maderista descubierto; la familia Serdán asaltada por los soldados en Puebla, después de resistencia armada á la policía. Aprehensiones numerosísimas en la Capital y en todos los Estados, y por último, la noticia de los primeros movimientos revolucionarios en Chihuahua. Pero aquella lectura me la interrumpía á cada instante Toño Reyes con sus comentarios furibundos.

—¿No te parece, Andrés amigo, que esta conducta inicua y sucia del Gobierno rebosa de los límites de la infamia misma? Pero lee, lee, sigue leyendo Andrés.

En vez de hacerlo, por sí ó por nó, volví precabidamente los ojos hacia las paredes y ángulos de mi cuarto, y seguramente que algún terrorcillo se me traslucía, porque el bueno de Toño, con

la seriedad mayor del mundo, me confortó en estos términos:

—Nada temas, Andrés, estás en tu casa: aquí se puede decir la verdad, se puede cantar la verdad, se puede gritar la verdad, se puede llorar la verdad..... No te encuentras, Andrés amigo, entre polizontes asesinos, ni entre bandidos de pluma, ni entre ladrones de casaca. ¡La mecha está prendida, Andrés! ¡La mecha está prendida!

Yo no sé por qué me sentí un poco ridículo ante el entusiasmo de mi amigo Toño. Los ocho días de vida campestre me han devuelto la salud y la serenidad de mi espíritu, y mis irritaciones políticas se han esfumado en la nada. ¿Será tal vez, porque ahora vengo á cuentas de que mis tiradas de periodista independiente, mis ímpetus cuasi revolucionarios de la otra noche, asoman la pobreza de su ley ante los sinceros y leales entusiasmos de Toño.

La verdad es que la exaltación de este buen amigo es tal, que yo habría temido por su juicio, si ahora que lo oigo hablar con ese fuego, no me hubiera acordado, en el acto, del otro Toño, del